

## REFLEXIONES EN TORNO A LAS FUENTES ORALES Y A LA HISTORIA SIN ADJETIVOS

*Mercedes Vilanova*

Universidad de Barcelona

LAS primeras entrevistas que hice en L'Escala las comenté con Joan Reglà que conocía bien ese pueblo del Ampurdán por haber sido allí un maestro jovencísimo durante la guerra civil. Fue él quien me sugirió la importancia de los secretarios de ayuntamiento. Él mismo era hijo del secretario del ayuntamiento de Bàscara y sabía que esos hombres, a veces, eran la “memoria viva” y la llave de los archivos para quienes queríamos estudiar la época “roja” entonces terminantemente prohibida. En aquellos inicios yo no era consciente de que entrevistar equivalía a hacer “historia oral”, eso lo aprendí poco después cuando Reglà ya nos había dejado, y cuando su ausencia me forzaría a iniciar un camino cuya brújula mejor serían algunos de los puntos de referencia que él me enseñó. Cuatro años después de haber leído la tesis doctoral en la Universidad de Valencia, decidí incorporarme a la Universidad de Barcelona y lo hice apoyada por Joan Reglà y creyendo que en breve tiempo compartiríamos docencia en el mismo departamento. Reglà, pasada su etapa en la Universidad Autónoma de Bellaterra, había planeado instalarse en Bàscara y ser profesor de la Universidad de Gerona y yo pensaba seguirle; pero su muerte prematura hizo que eso no fuera posible. En Barcelona su vacío no lo llenó nunca nadie, como nadie había llenado el que dejara Vicens. Reglà solía decir, con un dejo de ironía: “cuando voy de Valencia a Bàscara siempre paso de largo por la Gran Vía sin parar en la Plaza Universidad”, porque en Cataluña no se le reconoció el liderazgo que merecía.

Reglà inculcaba la importancia de la imaginación, de la definición y utilización de conceptos y de la síntesis brillante. Quizá la lección que más me ha influido fue su afirmación de que lo útil es comparar objetos de estudio diversos. Eso fue lo que hizo que después de mis primeros libros, *España en Maragall* y *La conformidad con el destino en Azorín*, me dedicara a estudiar, por consejo de Reglà, Beuda y La Escala, dos pueblos cercanos y muy distintos donde inicié mis primeros diálogos sobre los años treinta. Recientemente he repensado qué significaron esos trabajos, y, en buena medida, las líneas que siguen son un intento de aclararme el sentido que tiene una historia escrita utilizando, entre otras fuentes, las entrevistas con los coetáneos de los hechos que investigamos.

Para mí entre la Historia del Tiempo Presente y la Historia Oral hay tres grandes puntos de contacto: <sup>1</sup> La urgencia de crear fuentes nuevas, la necesidad de ayudar a construir la memoria y la importancia creciente de las imágenes. La ampliación de horizontes y de temas de estudio surgidos durante las últimas décadas obligan a los historiadores a innovar en su manera de pensar, investigar y enseñar. Por otra parte los nuevos sistemas de comunicación exigen un cambio de perspectivas en nuestra manera de mirar, escuchar o escribir. Hay algo radicalmente distinto en el historiar que se plasma, por ejemplo, en las posibilidades de las estadísticas potenciadas por el ordenador, en la conservación posible de las palabras habladas con facilidad y calidad, o en el desarrollo de los soportes nuevos de las imágenes fijas o en movimiento. A medida que avanzan ciencias como la astronomía o la medicina se amplían nuestros marcos de referencia y, por lo mismo, hemos de inventar fuentes con otros ángulos de visión antes no imaginados. Por ejemplo, las Actas de la última conferencia internacional celebrada en Göteborg recogen una comunicación en torno al significado social y personal de los trasplantes de corazón. Sobre esta realidad los científicos y los medios de comunicación han destacado los resultados espectaculares de los avances de la medicina, pero no han sabido diferenciar suficientemente entre los trasplantes de unos órganos u otros y, sobre todo, en los diversos significados que este tipo de operaciones suponen para los pacientes. El trasplante de corazón, por sus fuertes connotaciones afectivas, culturales y espirituales, plantea cuestiones cruciales que una narración histórica no puede obviar. Seguramente por el impacto de los adelantos médicos y por la creciente importancia de la llamada "tercera edad", por primera vez en nuestros encuentros dedicados a las fuentes orales hubo una sección amplia titulada "La salud y el cuidado de la salud" (Health and Care).

Otra característica de la Historia del Tiempo Presente es la aceleración del tiempo a que estamos sometidos, sobre todo porque aleja las infancias y adolescencias de generaciones sucesivas. La aceleración del tiempo está íntimamente ligada a la construcción de la memoria como resistencia a cambios no deseados o como alternativa, en la que las vivencias del pasado permanecen como aquello que no queremos olvidar. La reducción de los espacios geográficos por la rapidez, casi inmediatez en los sistemas de comunicación contribuye a dar mayor énfasis a los tiempos de la mente humana; entre otros motivos porque mucho de lo que ocurre se produce en nuestro interior, lo que hace indispensable el estudio de la memoria de las personas individualizadas, de sus sentimientos y de las valoraciones de su propia historia a través de los llamados relatos de vida en los que la construcción del tiempo ni es cronológica, ni lineal.

<sup>1</sup> El texto que sigue es parte de la exposición oral que hice en el Seminario Internacional Complutense "Historia del Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea" organizado por el Prof. Julio Aróstegui en octubre de 1997.

Los gestos y las imágenes nos comunican, a veces, con mayor fuerza que las meras palabras. Por esta razón otro punto de contacto entre la Historia del Tiempo Presente y las fuentes orales viene dado por la importancia creciente de las imágenes en el historiar. Por ejemplo, la música tecno de hoy no se canta porque prescinde intencionadamente de las palabras entendidas como prisiones de la conciencia, destruidas por las mentiras de diálogos estereotipados o por la falsedad del lenguaje. Los músicos tecno afirman que nuestro tiempo es el de los sentimientos y de la acción por la presunción de que la solidaridad se vive con hechos y no con palabras, ni declaraciones o buenas intenciones. En Göteborg se presentó una comunicación titulada precisamente "Las acciones hablan con mayor fuerza que las palabras" (Actions speak louder than words); el texto desarrolla cómo las comadronas muestran a los médicos a través de gestos, ilustrados posteriormente en imágenes, por qué es imposible enseñar a través de la palabra hablada o escrita determinadas prácticas relacionadas con el nacimiento, y por este motivo muchos libros relacionados con la enseñanza de la medicina están forzosamente ilustrados. La imagen es tan poderosa que algunas de las mejores producciones de la filmografía universal datan de los tiempos del cine mudo, films en los que, sin duda, "una imagen valía más que cien palabras" aunque siempre se utilizaran subtítulos. La historia no puede obviar el cine en su estudio de la contemporaneidad, aunque historia y fuentes orales privilegian las palabras orales y escritas como medios más idóneos para narrar el pasado, entender el presente y presentir el futuro.

La denominación de Historia del Tiempo Presente e Historia Oral plantea problemas de conceptualización. Porque la cronología es discutible y, desde según qué puntos de vista, toda historia es historia contemporánea depende del tema o del objeto de estudio que elijamos. Ahora bien, si la Historia del Tiempo Presente abarca los tiempos y los temas contenidos en las memorias de los coetáneos a quienes historiamos entonces es una denominación adecuada porque, además, proyecta nuestra disciplina hacia las preocupaciones del futuro que alberga toda sociedad. La historia oral sencillamente no existe, es una contradicción o una paradoja; aunque es un eslogan que vende bien nuestro producto. He dicho y repetido que como denominación es mejor *Historia Sin Adjetivos*, es decir una historia bien hecha, por lo que necesariamente debe utilizar además de cifras, imágenes, textos y sonidos, fuentes orales. Si no es así corremos el riesgo de escribir historias incompletas que silencien aspectos esenciales de nuestro vivir.

La comunicación que presenté en Montreal en el XVIII Congreso Internacional de las Ciencias Históricas se titulaba precisamente "El combate, en España, por una historia sin adjetivos con fuentes orales". Al equipo responsable de la revista *Historia y Fuente Oral* le pareció tan importante el que historiadores de diferentes países hubieran sido invitados por François

Bédarida a presentar el balance del desarrollo de la historia oral durante el último cuarto de siglo, que *Historia y Fuente Oral* concluyó la primera etapa de la andadura de la revista con el número 14 en el que publicaba los textos dedicados a reflexionar sobre ese balance. Ni más ni menos pensamos que el combate por defender las fuentes orales en los círculos académicos concluía con la mesa redonda de Montreal y por este motivo iniciamos la segunda etapa de nuestra revista titulada desde 1996 *Historia, Antropología y Fuentes Orales (HAFO)*.

Una de las razones por las que a los mal llamados historiadores orales se nos ha o nos hemos encerrado en un gueto es por nuestras estériles discusiones metodológicas. Primero tuvimos que defendernos contra la crítica de la subjetividad de las entrevistas versus la objetividad de los documentos escritos, polémica que parece afortunadamente superada. Ya empieza a aceptarse que la objetividad arranca de una subjetividad explicitada exhaustivamente en cualquier tipo de fuente producida. Después, hemos caído en una estéril discusión en torno a las maneras de realizar las entrevistas o su transcripción, discusiones inacabables entre otros motivos porque el recuerdo de las entrevistas realizadas nunca coincidirá con su texto escrito, ya que además del contexto físico hace falta la fuerza de la imagen y de la presencia de la personas que se comunican de mil maneras junto al habla. El IHTP (Institut d'Histoire du Temps Présent) con gran brillantez ha contribuido y luchado para que no nos encerraran ni nos encerráramos en un gueto inútil. Nadie como François Bédarida desde la dirección del IHTP primero y después desde el secretariado del Comité Internacional de las Ciencias Históricas ha contribuido a dar legitimidad historiográfica a las fuentes orales.

Contra el gueto y la estéril discusión metodológica hemos de reivindicar la interpretación; no entretenernos tanto en explicar cómo lo hacemos sino en el producto final, en la calidad del contenido o del mensaje. Lo fundamental para cualquier historiador es saber interpretar los documentos escritos de que dispone, las cifras que maneja o crea, las imágenes que observa y las palabras que escucha, porque no todo vale lo mismo ni por lo mismo. Si en el historiar no hay jerarquías sí hay el compromiso de establecer explícitamente las prioridades porque nuestro oficio obliga a saber desgajar y definir el grano de la paja. Respecto a la historia que se escribe lo fundamental es su contenido o mensaje y en este aspecto no debería haber diferencias entre la Historia del Tiempo Presente y la Historia Sin Adjetivos. Al utilizar fuentes orales ampliamos las posibilidades interpretativas con la dimensión de los entrevistados, y facilitamos la explicitación de los puntos de vista de nuestros lectores, a los que hacemos partícipes introduciéndoles en el escenario. Sin duda, uno de los aspectos más enriquecedores de nuestro oficio es tomar conciencia de las múltiples diferencias a las que nos enfrentamos, con nuestros lectores, con las personas a quienes entrevistamos y entre quienes entrevistamos.

Con frecuencia he oído a los lectores de mi libro *Las Mayorías Invisibles* decirme: “¡cómo te han mentido tus entrevistados!”. Me lo dicen, claro, con un gesto condescendiente de superioridad. Tal vez no se dan cuenta de que vivimos sumergidos en la mentira y que la transparencia sólo es promesa de eternidad cuando, según la Biblia, veremos cara a cara la realidad esa externa que constituye el *sine qua non* del historiar tal como defendió recientemente en Madrid François Bédarida; de momento la clave es formular la mejor interpretación de esa realidad. Porque muchos lectores han vivido la época que yo quiero historiar y piensan o creen, intuyen o saben, que no es cierto lo que mis entrevistados afirman. Algunos han vuelto a leer mi introducción y entonces dicen que han entendido mejor las entrevistas, porque nuestras interpretaciones profesionalizadas se cruzan con las de nuestros interlocutores y de nuestros lectores. Ciertamente, quienes historiamos no damos “pan comido” propio de una sociedad de borregos o de una enseñanza acrítica, damos “pan para la reflexión”, siendo éste uno de los mejores aspectos que la historia realiza.

Las fuentes orales debemos escucharlas en estéreo como la música, con registros diferentes para cada oído. Por un lado escuchamos lo que se nos dice y por el otro oímos lo que no se nos dice porque no lo quieren compartir, porque no lo saben verbalizar o porque no lo sabemos preguntar. Esta última cualidad distingue a los historiadores buenos de los mediocres que destrozan las entrevistas con sus preguntas desatinadas y a destiempo. Esta manera de escuchar y de saber preguntar es especialmente útil cuando entrevistamos a personas que no están acostumbradas a explicar sus puntos de vista, que es con quienes, además, la creación de las fuentes orales alcanza mayor significado porque su presencia es escasa en las fuentes escritas que suelen reducirles a números estadísticos o a la frialdad sociológica de los sondeos. Quizá en este punto pueda establecerse una relación especialmente fecunda entre las fuentes orales y la Historia del Tiempo Presente. Porque la historia trata de diseñar o narrar las peripecias más significativas de la humanidad, y se detiene en los acontecimientos considerados decisivos. Mientras las fuentes orales pueden aportar la exploración de los silencios mayoritarios que no tienen cabida en los textos y pueden dar razón de por qué eso ocurre. Es el tema de las diferentes verdades: la verdad legal o jurídica condensada en una sentencia que implica literalmente libertad, muerte, prisión o deshonor; la verdad histórica sintetizada sencillamente en unos textos; la verdad artística plasmada, por ejemplo, en los films, o la verdad personal concentrada en un relato de vida.

La creación artificial de un relato coherente de la propia biografía, que en nuestra jerga denominamos historias de vida, es la convicción de que todos tenemos derecho a la autobiografía. En parte, de la defensa de esta posibilidad arranca la presunción de que las fuentes orales son esencialmente democráticas; y eso lo afirmo sin atisbo de militancia, convencida

por propia experiencia de la potencia de todo destino personal convenientemente explorado, porque en la autobiografía se relaciona la vida personal con la vida social. En un proyecto audiovisual que con Mercedes Fernández Martorell estamos llevando a cabo sobre "las mujeres del 36" es muy clara la interrelación entre un aspecto y otro. En las historias de vida además se relaciona la memoria con los cambios vividos, porque las vivencias del pasado y del presente se entremezclan con el desarrollo del tiempo en el espacio interior de cada personalidad.

Afortunadamente después de casi medio siglo de practicar la entrevista grabada empezamos a poder hablar de Historia Oral Tradicional; por fin podemos quitarnos un enorme peso de encima ya que no necesitamos ser pioneros ni blasonar infantilmente de vanguardia ninguna. Muy brevemente la Historia Oral Tradicional se refiere a aquellas entrevistas realizadas con parámetros androcéntricos, centradas en temas factuales, con cuestionarios que interesan más al historiador que al propio entrevistado y en las que lo importante no es el proceso interactivo que se produce en el transcurso del diálogo sino el "vaciar" la memoria ajena sin estar atentos a lo creativo del momento. Es lo que podríamos denominar "entrevista clásica". No obstante, están surgiendo nuevas maneras de hacer más imaginativas en las que el principio utópico no es la diferencia necesaria para que la entrevista sea interesante, sino la igualdad que intenta disminuir los desequilibrios de poder, y en la que la situación de la entrevista se plantea como la de un aprendizaje mutuo porque también se tienen en cuenta los objetivos de los entrevistados. Ha concluido la época en la que como militantes cualesquiera pretendíamos dar la voz a los que pensábamos no la tenían sin acertar a ver lo irrisorio de nuestra pretensión. Lo realmente interesante es descubrir los porqués de la incompreensión de intelectuales y políticos que necesitamos muletas, es decir sondeos, para transitar por las calles si es que alguna vez transitamos por ellas. También ha concluido la época de las batallas entre unos historiadores y otros porque finalmente hemos aprendido que nos necesitamos sobre el mismo *ring*, ya que no podemos existir en la soledad de lo meramente escrito, frente al silencio de imágenes que no articulan palabra, ni tampoco podemos perdernos en un mundo de voces no fijadas.

Alessandro Portelli ha reconocido cinco maneras de utilizar las fuentes orales en la producción del texto escrito, hay otras maneras pero esas cinco abarcan un abanico suficientemente amplio:

1. Escribir una "historia sin adjetivos", como hicieron Anna Monjo y Carme Vega en su estudio de una empresa de Barcelona durante la guerra civil.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Anna Monjo y Carme Vega, *Els treballadors i la guerra civil. Història d'una indústria catalana col·lectivitzada*, Ed. Empúries, Barcelona, 1986.

2. Utilizar las fuentes orales como una fuente auxiliar, casi sin citar a los testigos. Es la manera más clásica porque los historiadores desde siempre han dialogado con los coetáneos de los hechos que investigaban.

3. Crear un diálogo polifónico entre los entrevistados como en *Biografia di una Città* de Portelli.<sup>3</sup>

4. Recrear un diálogo entre las fuentes y el historiador como *En busca de un pasado* de Ronald Fraser<sup>4</sup> o como *Autoritratto di Gruppo* de Luisa Passerini.<sup>5</sup>

5. Editar las entrevistas y hacerlas preceder de una introducción explicativa. Es lo que yo he hecho en *Las Mayorías Invisibles*.<sup>6</sup>

Para mí la función más importante que ha de cumplir la Historia del Tiempo Presente y sin duda la de las fuentes orales es la de desmitificar las interpretaciones historiográficas, esta función es la base de nuestro oficio y de las múltiples utilidades de las entrevistas. Lo primordial de las fuentes orales es que nos devuelven el sentido común y la orientación de la brújula a través de los acontecimientos y de los tiempos, para abrirnos las puertas del camino insólito y fascinante hacia lo invisible que, como el silencio, resulta ser siempre la roca sobre la que cimentar una interpretación si no certera, sí hacedera. Es, sobre todo, al sondear los silencios cuando las fuentes orales utilizadas complementariamente nos ayudan a escribir un relato histórico que no necesita de adjetivos para definirse.

En mi propia experiencia profesional creo que he ayudado a destruir algunos mitos historiográficos, en este texto básicamente me referiré a tres. En primer lugar el mito de la abstención libertaria.<sup>7</sup> No únicamente he demostrado que los cenetistas votaban normalmente sino que he demostrado que la abstención no era promovida por la CNT sino más bien por los grandes propietarios a quienes les perjudicaba el voto mayoritario a las candidaturas lideradas por la Esquerra Republicana de Catalunya. Una mujer analfabeta, obrera manual del sector metalúrgico y cenetista dio la vuelta, desde el fondo de su experiencia, a la interpretación clásica de Pierre Vilar al decirme: "Si uno no iba a votar siempre le apreciaban más que a otro que fuera a votar (...) usted ya sabe que a la gente de dinero, según qué gente, no les gusta que los trabajadores sean rebeldes".<sup>8</sup>

<sup>3</sup> Alessandro Portelli, *Biografia di una Città*, Einaudi, Turin, 1985.

<sup>4</sup> Ronald Fraser, *In Search of a Past*, traducción española: *En Busca de un Pasado*, IVEI, Valencia, 1987.

<sup>5</sup> Luisa Passerini, *Autoritratto di Gruppo*, Florencia, 1988.

<sup>6</sup> Mercedes Vilanova, *Las Mayorías Invisibles. Explotación fabril, Revolución y Represión*, Icaria, Barcelona, 1996.

<sup>7</sup> Mercè Vilanova, *Atlas Electoral de la Segona República. Orientació del vot, Participació i abstenció*, La Magrana, Barcelona, 1986.

<sup>8</sup> Mercedes Vilanova, *Las Mayorías Invisibles*.

En segundo lugar he planteado como mínimo una alerta en torno al binomio analfabetismo/alfabetización como un tema crucial del pasado, del presente y quizá sobre todo como el gran tema del siglo XXI; ésta sería una de nuestras contribuciones a la Historia del Tiempo Presente.<sup>9</sup> Porque analfabetismo y alfabetización van ligados a la información especialmente en estos momentos de cuarta ruptura histórica en la manera de producir y transmitir mensajes. Se ha reflexionado poco en cómo el soporte utilizado cambia el contenido; no es lo mismo ni se dice lo mismo si se utiliza la pluma, la pluma estilográfica, la máquina de escribir, el ordenador o el magnetófono. Tampoco es lo mismo si se transmite el mensaje por correo, telégrafo, fax, e-mail o teléfono. Las maneras como producimos y enviamos mensajes están estrechamente ligadas a los medios de comunicación fundamentales en la formación y el control de la opinión pública y en su raíz, sin duda, están los diversos tipos de alfabetización. Además, analfabetismo y alfabetización son fundamentales en la creación de la imagen que cada uno de nosotros tenemos de nosotros mismos, es decir de la autoestima tan básica en el proceso de concienciación y hasta me atrevería a decir en la consecución de la felicidad de los hombres y de las mujeres.

En tercer lugar las fuentes orales me han ayudado a desentrañar las relaciones entre los líderes y las mayorías de Barcelona en el transcurso de las primeras décadas del siglo XX y me han permitido poner al descubierto la hipocresía de la sociedad catalana bienpensante.<sup>10</sup> Los líderes del movimiento obrero hasta 1939 se debatieron entre la difícil comunicación con las masas analfabetas o semialfabetizadas que no podían reivindicar desde la extrema pobreza o ilegalidad a la que a menudo se veían sometidas y, por otra parte, a la imposibilidad de llegar a pactos con los partidos políticos, con la patronal o con los gobiernos paralizados por el miedo, el egoísmo y la intransigencia de clase. En este difícil y dramático péndulo, entre la miseria de las mayorías y una burguesía reaccionaria que apoya a las dictaduras, hay que situar el carisma y la soledad de los líderes obreros. Además, a partir del franquismo los líderes viven en clandestinidad permanente, lo que les dificulta e impide la relación abierta con los compañeros o el diálogo con los patronos o políticos.

En los conflictos sociales, inmigrantes y no inmigrantes por un igual se han caracterizado por escoger, siempre que se les ha permitido, la moderación, el pacto y la lucha legal. Sin entender esta actitud desvelada por las fuentes orales es imposible captar el signo de las luchas sociales. Pero, a

<sup>9</sup> Mercedes Vilanova y Xavier Moreno, *Atlas de la Evolución del Analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Madrid, 1992.

<sup>10</sup> Este tema está tomado del artículo de Mercedes Vilanova, "Las Fronteras Interiores en la Sociedad de Barcelona, 1900-1975. Intransigencia de clase, alfabetización y género", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, n.º 16, 1996.

pesar de la moderación evidente de las masas, la sociedad bienpensante catalana fue más proclive a actuar violentamente contra el mundo del trabajo que a aceptar negociar, porque lo decisivo desde su punto de vista era el beneficio y no el pacto, ni la convivencia, ni la ecuanimidad social. Según fuentes policiales, los empresarios se han caracterizado por la vileza de sus ofertas y por su resistencia a aceptar mejoras laborales utilizando incluso la amenaza de la cárcel contra la implantación legal, por ejemplo, de la jornada laboral de ocho horas en época tan tardía como la Segunda República.

De esta intransigencia patronal y del analfabetismo generalizado surgió seguramente la desesperanza de los líderes obreros, en la que fraguaron, primero, el mito del abstencionismo ácrata capaz de provocar los vaivenes electorales de la Segunda República y, después, el mito de la espontaneidad revolucionaria de las masas, juntamente con la convicción de que la revolución estaba siempre a la vuelta de la esquina. No obstante, buena parte del proletariado catalán, inmigrado o no, apostó cuando pudo por una opción electoral catalanista moderada. La identificación de las mayorías con la Esquerda Republicana de Catalunya, partido pequeñoburgués moderado, se dio a partir de junio de 1931 y hasta 1936 cuando votaron insistentemente a las candidaturas lideradas por Macià o por Companys. Y, en la transición, los inmigrados y no inmigrados volvieron a votar a los partidos políticos que incluyeron en sus programas la reivindicación del Estatuto de Autonomía.

En la primera parte del siglo, cuando se vive una lucha de clases frontal con diversas violencias armadas pesa, entre los trabajadores, la necesidad de una cultura sindical que se desarrolla, precisamente, aceptando la legalidad. Pero se ha silenciado esta actitud amparándose en un espontaneísmo revolucionario que nunca existió. La Federación Regional Española, desde su fundación, acentuó siempre la legalidad de sus acciones. No obstante, este hecho coincidió con una persecución dura de los líderes en aquellas décadas finales del XIX y, seguramente por eso, se produjo el terrorismo finisecular.<sup>11</sup> Durante las cuatro primeras décadas del siglo el sindicalismo se desarrolló en la legalidad porque los hombres que, a partir de 1910, se encargaron de su organización, fueron necesariamente hombres responsables que querían llegar a acuerdos con la patronal. A pesar de blasonar de apoliticismo o de su rechazo del Estado, los sindicalistas apoyaron a los partidos políticos que mejor les parecía podían defender sus intereses. Durante la República, pactaron con ellos una y otra vez, explícita o implícita-

<sup>11</sup> Bernecker, "Acción directa y violencia en el anarquismo español", *Ayer*, n.º 13, 1994: "el rumbo legal-reformista de la dirección de la FTRE, después de 1881, no fue premiado de la forma esperada por las autoridades, lo que indujo a una oleada terrorista entre 1893 y 1897, precisamente, cuando el proceso de Montjuïc identificó erróneamente a los anarquistas con los líderes societarios".

mente. Pacto de San Sebastián, pactos con Macià, pactos durante el Frente Popular y, como cenit de esta actitud legalista, su entrada durante la Guerra Civil en el gobierno y la sorprendente y rápida legalización de las colectivizaciones. Hecho que demuestra el talante pactista y legalista no sólo de las mayorías, sino también de los líderes sindicales de Barcelona, fueran o no de origen inmigrante, incluso en una coyuntura revolucionaria y en un contexto de guerra civil.

Franco, además de aniquilar físicamente a los líderes sindicales, prohibió el derecho a organizarse colectivamente, y las huelgas, inicialmente, fueron delito de sedición juzgado por tribunales militares. A juzgar por la prensa clandestina, Sebastian Balfour afirma que es plausible pensar que la dirección de las organizaciones clandestinas durante el franquismo se guiará por modelos derivados del período casi insurreccional de los años treinta. Carrillo, por ejemplo, en 1965 defendió que se estaba aproximando la situación revolucionaria, incluso predijo que la huelga general se podría producir en el otoño de ese mismo año.

Finalmente subrayar que las fuentes orales nos obligan a ser expertos en medios de comunicación y expertos en multiplicidad de interpretaciones, quizá todo sea un problema de distancia. Cuando el Profesor Bédarida se refirió recientemente a la historia como a la imagen de Clío flanqueada por la Fidelidad y la Prudencia, pensé que fidelidad quería decir compromiso intelectual y respeto a la verdad aunque duela o tergiversar nuestros deseos. Prudencia pensé que equivalía a “distancia” como un requisito indispensable para, en medio de los ruidos y de la avalancha informativa de la sociedad actual, poder “habitar el presente”, para saber vivir consigo mismo, “chez soi”. Distancia entre mundo interior y exterior; entre lenguaje oral y escrito; entre imágenes y cifras; entre nuestra experiencia y la de los demás; entre la vivencia de los distintos tiempos de nuestra interioridad y entre la historia como ciencia y como “mater et magistra”, como le gustaba afirmar a Joan Reglà y como dejó escrito en su *Comprendre el món*.